

ON THE BORDER LA ETNOGRAFÍA LÁRICA DE JORGE TEILLIER

Juan Carlos Olivares Toledo

"Sabía que durante el camino habría muchachas, visiones, de todo, sí, en algún lugar del camino me entregarían la perla".

Jack Kerouac, 1957.

EL PERISCÓPIO

En Jorge Teillier, *La Frontera* es un territorio virtual desplegado al otro lado de las ventanillas del carro del ferrocarril. Es una película. Afuera, en la superficie resquebrajada del celuloide, cuadro a cuadro se desempeña la realidad. El mundo atisbado no es el aparente de las cosas, sino una consecuencia de la mirada del poeta en viaje. En su submarino, la nostalgia es el único periscopio capaz de sondear el universo oculto bajo la superficie: el filo del ojo aparta las aguas apocalipsis del tiempo que se metamorfosea en las estaciones derruidas, en los andenes desiertos donde una muchacha espera un tren que nunca llegará, en las bodegas abandonadas, en los letreros donde falta la letra H, en los vagabundos durmiendo a orillas de las líneas, en las espigas de trigo dobladas por el viento, en las sombras recortadas sobre el muro medianero de los patios del sur. En *La Frontera*, el mundo se ha roto hasta mostrarnos a nosotros, a través del miramiento del poeta, su desenlace. *La Frontera* es profundidad que nunca podremos tocar, el sueño negado a la precariedad de la existencia. A pesar de no poder verle, ciertamente existe delante de nuestra mirada. *La Frontera* es una imagen poderosa del mundo que verdaderamente deseáramos habitar. Es nuestra esperanza, el último trazo destello de la palabra.

EL SHAMAN DEL SIGLO XX

No será infinita nuestra ceguera. Porque Jorge Teillier estuvo aquí, no está vedado el recorrido de la carretera que conduce a la tierra prometida. Al cerrar los ojos, con las maletas atiborradas de metáforas podremos vagabundear en las maravillas de *La Frontera*, el territorio místico donde pastan todas nuestras utopías. En el cruce de culturas del sur, una mañana de garúa, Jorge Teillier se vistió de shaman: es el resplandor del rocío en los hierros viejos del tendido ferrocarrilero.

Sólo comparando un billete en el expreso Nocturno se puede ingresar a los territorios de las maravillas: el viaje del shaman del siglo XX es en ferrocarril, en el Expreso Nocturno de las 10:00 PM. Engalanado, dejando atrás las estaciones vacías envuelto en una nube de humo, se transparenta en la tormenta, se sumerge. Es la ruptura del tiempo, el abandono de la historia, el

retorno a los lares. Un viaje al fin del mundo. En el pasajero de los trenes de la noche, el poeta es otro existente. Alteridad, su conviviente. El viaje en ferrocarril es mimesis de viaje chamánico, desdoblamiento, aparición, el fin del hombre. El viaje es transformación, una muerte absolutamente necesaria que no niega nada. Afirmación. Solamente así, ese otro que somos nosotros mismos, podrá ejercer su presencia. Se abandona un lugar del presente donde verdaderamente no se habita, un lugar de destierro, indeseado. Se recorre la oscuridad de la noche que es oscuridad de muerte. El vino que se bebe en cada una de las estaciones de los ramales a lo largo del tendido, es el brebaje de las alucinaciones. En la madrugada, el nuevo mundo que aparece al otro lado de las ventanillas es señal de arribo de la visión: las cordilleras invisibles del infinito, La Frontera.

Antes del arribo del poeta en los trenes de la noche, nada de La Frontera existía, era baldía la tierra, sólo recuerdos, oscuridad: no estaba el pasto duro de las colinas, ni los geranios rojos en la ventana de la abuela, tampoco los ferrocarriles recalentados sudando en la garúa. Ni siquiera el molino a la entrada del pueblo estaba. Entonces, en este escenario, las palabras del poeta vienen a develar todos los secretos almacenados, la eternidad se transforma en texto signifiante, se instala la imagen en el acero del ojo. El universo era un caracol. En el naufragio de las ausencias, existimos: un pájaro asoma su vuelo sobre los tejados esplendorosos del pueblo, en un rincón del bar, las muchachas se reúnen a escuchar canciones románticas en el Wullitzer. Sin prisa, el musgo vuelve a crecer en los tablones de los cercos a orillas del patio de máquinas.

En La Frontera, el color del tiempo ha impregnado el corazón de las cosas del mundo. Es el color de la fragmentación, de la decadencia, de la soledad. La poderosa fragancia de las ausencias, la nefasta: las pinturas rupestres de la muerte. Anuncio, enmascaramiento. El poeta ahora es un vagabundo en el espacio sagrado de la muerte. Nadie que ha caminado en aquella vastedad puede volver. Atrapado irremediamente, está condenado a perecer. La Frontera es algo más que territorio de muerte. Es borde. Al sur de Lautaro, no existe nada más, ni tiempo ni espacio.

El tiempo es el verdadero enemigo del hombre, su causa de exterminio. Averigua su temple al hombre hasta quebrarlo. El relato del shamán, la poesía, es un conjuro imposible. Aniquilar la fugacidad del hombre es el anhelo del texto. Imperecedera, la imagen enfrenta apartando la oscuridad de lo inerte. La metáfora es una propuesta de salvación. Al desplegar el secreto oculto en la profundidad del mundo, el tiempo sucumbe pero también como territorio de la eternidad: Lautaro es el paraíso. Al cruzar el umbral de la casa paterna, el olor de las manzanas de guarda nos pellizca la nariz. El tiempo permanece encerrado en el azucarero enlozado de la abuela.

ETNOGRAFÍA LÁRICA

En el presente, el destino de la antropología es solamente la búsqueda de lo oculto, el encuentro con el corazón del mundo. Un lugar indescriptible. Ahí, la única posibilidad es la poesía. Fin de las máscaras, the end: al crepúsculo, en los andenes desiertos de la estación de Lautaro, con su periscopio triste, Jorge Teillier escruta el recorrido de la muerte. En su viaje al otro lado del espejo, la alteridad del poeta ha podido establecer un diálogo con la profundidad del mundo. Un diálogo con la mismísima muerte, en el paraíso, La Frontera. Una conversación donde no existe la ansiedad que erosiona el cavilar, sino la quietud de haber encontrado justamente aquello buscado. No es posible apreciar tensión en el recorrido del poeta. Es un vector apartado del azahar. Azimut donde ese otro

que es el shamán se encarna en el habla del hombre. En la invención de la etnografía de los lares, etnografía lórica, metáfora. Entonces, es su referir a La Frontera, los textos poéticos de Teillier son etnografía pura. Rigurosos, evocan repletos de autoridad la existencia de un mundo posible. Sin su presencia, ese mundo habría permanecido ciertamente ignorado, desconocido. Descripción del mundo encontrado, una película de las ausencias en el adentro de nuestra inmensa soledad: la tierra ha dejado de ser una cosa baldía.

No existe ninguna duda, ciertamente Jorge Teillier estuvo allí, en la otredad, en La Frontera. Acaso sea el giro fundamental de su miramiento etnográfico, la causa de la autoridad textual que mana de sus poemas. Sin embargo, en el futuro, en el fondo las cuadrículas, los arqueólogos no encontrarán rastro ninguno de su presencia. En el pavimento embaldosado de los andenes de las estaciones, no quedaron rastros de sus zapatos: el shaman no camina, vuela. Las márgenes de sus textos seguirán presentándose como testigos únicos de la jornada vivida. Su periscopio triste es patrimonio del aire. Seguramente, cuando vuelvan los ferrocarriles a recorrer, atravesando como celajes el territorio donde estuvo La Frontera, la locomotora azul del Expreso Nocturno, se llamará la Jorge Teillier. Ningún ojo de shaman contemplará desde el otro lado del vidrio, la profundidad del mundo. Otro indicio claro de que, efectivamente es el único que ha estado allí. No pudo ser de manera distinta el sortilegio: viaje, búsqueda de lo oculto, encuentro, diálogo, retorno, escritura, son los materiales permanentes con que trabaja la etnografía.